

Conferencia Alcalá de Henares.

Paraninfo de la Universidad de Alcalá de Henares

29 -11 -2024

## **La ciudad de Alcalá de Henares y la máquina del tiempo**

Exmo. Sr. Rector Magnífico de la Universidad de Alcalá,

Excelentísima Sra. Alcaldesa de Alcalá de Henares.

Estimados profesores, autoridades, señoras y señores.

Quiero comenzar con un profundo agradecimiento, y además doble, primero al profesor Javier Rivera Blanco por sus amables palabras de presentación y por la ayuda siempre prestada por él. Y también a quienes velan por la milenaria Alcalá de Henares, desde esta Universidad y desde el Ayuntamiento. Son las dos caras, o los dos protagonistas de la historia de la ciudad que, como he tenido la oportunidad de descubrir y el privilegio de narrar en el libro de la editorial Tintablanca 'Alcalá de Henares. Historia entre ficciones', ilustrado por Paula Varona, ha tenido y tiene una vida fascinante, casi diría de novela. No hay un lugar en España con mayor densidad histórica, mayor capacidad creativa para reinventarse ni más profundo legado para la cultura humana.

Hoy celebramos aquí la singularidad -déjenme que lo diga en términos físicos, porque hablar aquí de historia semeja una curvatura del espacio tiempo-, una singularidad que permitió la creación del primer campus universitario moderno de la historia. Viajaremos así por otros ecos muy reales de ese momento, que culminaron con la declaración de la Unesco, que reconoció todo el conjunto como

Patrimonio de la Humanidad hace ya 26 años. Déjenme plegar de manera imaginaria algunos de esos instantes esenciales para pensar mejor en la inmensa influencia de lo que aquí, antes que en ningún otro lugar, ocurrió. Para ello quiero jugar con los trebejos del novelista, levantar la piel actual de la ciudad pulquérrima, peatonalizada, modera y a la vez arraigada en el pasado y la tradición universitaria, pellizcar el asfalto, el pavimento y mirar debajo, como un arqueólogo haría, capa a capa, imaginando vidas pasadas, inquietudes pasadas que puedan explicar el éxito de esta ciudad universitaria y por ende universal.

La creación del Colegio Mayor de San Ildefonso en el siglo XVI y todos los que le siguieron fue en más de un sentido un milagro. Un proyecto tan ambicioso debía parecer imposible. Pero también debemos interiorizar como parte del camino su pérdida, su ruina en el siglo XIX, una dura lección de lo que cuesta escapar del destino. El hecho de que, pasados tantos años, hoy podamos compartir otra vez la palabra en este espacio sacral de la cultura occidental, en el mismo lugar donde todo comenzó, con una Universidad pujante y una ciudad llena de futuro, es la demostración palpable de la inteligencia colectiva, la capacidad de aventura común y el cultivo de toda la dignidad del ser humano que son el legado de Alcalá de Henares. Esas tres virtudes están pegadas a las letras doradas de la mayor grandeza de nuestra historia, pero de igual modo son el zumo de mil pequeñas cosas, y esto es importante; de los días y los trabajos ordinarios, de la savia de vivir, y de morir, durante tantos siglos, y de mantener la fe y de perderla, pero sin flaquear en la energía y la ilusión y tal vez también en la calderilla de muchas pequeñas

ilusiones colectivas muchas veces malogradas. Porque, como en todos los lugares del mundo, casi todo lo que ocurre en Alcalá de Henares es indiferente y trivial...

Pero hay ciudades, hay lugares, donde se produce la singularidad, donde millones de horas inútiles llegan a producir un momento estelar de la humanidad, como decía el escritor vienés Stephan Zweig. Sería muy pretencioso por mi parte que yo, apenas un recién llegado, o un recién asomado a la milenaria Alcalá, quisiera aleccionar sobre los episodios que ya conocen mejor que yo y que cimentan el prodigio que rodea estos pocos metros cuadrados que tanto abruman a cualquier persona culta.

Pero sí les pediría humildemente permiso para compartir con ustedes esta visión inspirada por los paseos de un visitante, de un algarivo, como se dijo antaño, por las calles cercanas a este Paraninfo, que siempre siguen el camino de los pensamientos y de mil lecturas. Esa mirada quiere leer entre líneas la ciudad y sirve para poner en relación sucesos que son conocidos y familiares con los más grandes momentos de la historia de la humanidad.

Tengo la certidumbre de que lo que aquí ocurrió en 1499 y los años sucesivos no sólo merece sobradamente la distinción de patrimonio mundial. Yo creo que merecería ser considerado uno de aquellos momentos estelares, singulares, preñados de fatalidad y destinados a persistir a lo largo de los tiempos, que tanto intrigaron a Zweig. Algunos los recopiló en su libro inolvidable. Pero la fundación de la Universidad Complutense, si me permiten,

es el gran olvido del célebre escritor. Tengo que preguntarme: ¿Cómo pudo pasársele?

Creo que podré demostrarlo. Esa obra titulada así, 'Momentos estelares de la Humanidad', se inicia, como saben, con el retiro de la vida pública del primer defensor de la libertad cívica en Roma, Marco Tulio Cicerón, que abandonó la política para escribir sus mejores obras, las Consolaciones, De Senectute... Acababa entonces de cumplir 60 años y estaba harto de las insidias de los poderosos, de Julio César y de Octavio y también de Antonio, quien pronto decretará su terrible ejecución.

En Alcalá encontraremos al monje franciscano correoso que ha llegado a la misma edad, también ha cumplido los 60 años, y en los siglos pasados esa edad suponía ya tener una la vida cumplida y tanto desprendimiento como sabiduría sobre el mundo. Podría estar de retiro, aburrido de la rutina de vivir, esperando un final tranquilo, a diferencia de Cicerón, en su retiro del convento de Salceda, pero es que la Reina Isabel le llama para ser su confesor y eso le cambia la vida. La vida, a esas alturas.

Después le dará el Arzobispado de Toledo, tratando de trocear su extenso patrimonio en beneficio de la Corona. Pero el severo monje supo plantarse ante Isabel y Fernando, tanto monta. No había pedido esa dignidad, así que no toleraría negociar su poderío, que emplearía de manera escrupulosa en la gran obra de la Iglesia. ¿Qué hará con toda esa dignidad mundana, cómo gestionará su zambullida en los oropeles del poder aquel monje que los había despreciado durante décadas, él que estaba tan

dotado, como pronto se demostrará, para aquello de lo que había huido?

En esta ciudad donde la historia y las historias, los hechos y las ficciones, y la vida que es sueño, comparten tantas calles como páginas, yo imagino Cisneros por los soportales de la Calle Mayor, en un día desapacible, de lluvia a ratos y viento frío, cavilando muy concentrado mientras a su alrededor cientos de alcalaínos de entonces atienden a sus propias industrias y a sus propias andanzas.

Y creo que le acompañan, como un siglo después le sucederá a Don Quijote, sus lecturas febriles y su meditación cabal de un mundo al que contempla con enorme desazón. Ni le gusta la Corte ni le agrada mucho cómo la iglesia afronta un tiempo nuevo, que su inteligencia alcanza a vislumbrar, sin atender a los avances culturales y espirituales del siglo. Imaginen conmigo ese día: le resbalan por el rostro gotas de una lluvia leve cuando llega a la plaza del mercado y se queda absorto ante el espectáculo divino y humano. Lo que está viendo lo está viendo solo él, así, de pronto. Más allá de los carros y los puestos, por encima de los tabancos y del hervidero de comercio que aquí se concentra, en las que eran por entonces las afueras del Concejo, él está mirando hacia lo lejos, hacia el futuro, hacia el cielo por donde ve pasar un águila, y debajo de esta ave imperial, donde los demás solo veían las huertas y el viejo convento en el que estudió Cisneros las primeras letras, precisamente. Lo que está viendo es el futuro. Y desde allí, todavía, nos está mirando.

¿Se imaginan asistir al nacimiento de una idea como esta que habitamos? El momento estelar de la humanidad ¡Una ciudad del conocimiento, que aún no existía y cuaja delante de sus ojos! Imaginada como una maqueta que emerge del suelo bajo la llovizna, viendo nacer en las huertas las crujías y los campanarios que aparecen por el arte de la imaginación, uno tras otro. Una ciudad de Dios para engrandecer lo humano. Un colegio mayor rodeado de otros doce menores para empezar. Un lugar que se sueña sin distracciones. A él vendrán los mejores maestros y un alumnado selecto que avive el seso y despierte los cambios necesarios en la bisagra de la Edad Moderna.

En el centro de este sueño el viejo Cisneros pone una Biblia que no es una copia más de un *scriptorium*, sino el alarde políglota e inédito y un manantial de nuevos conocimientos que van de la teología a la filología y hasta la medicina. Una ciudad que se expande en imprentas, fundiciones, clases, arquitecturas, templos, conventos; que se expande en hospitales, mesones, palacios, donde una legión de criados y mozos acarrean el abasto necesario. Urbe en la que los saberes estarán por encima de las sospechas, donde los conversos llegarán a convivir y podrán ser medidos por el talento que aportan y las cosas nuevas despertarán nuevas curiosidades (de hecho Cisneros tenía un mayordomo converso, Juan Ramírez, al que sólo juzgaron tras su muerte). En Alcalá, gracias a este sueño, muy pronto crecerá el gusto por el teatro, nacerán escritores inmortales y la elocuencia se cultivará. Por aquí pasaron todos estos nombres impresos en los muros del Paraninfo. Una constelación irrepetible.

Todo esto que debió imaginar Cisneros es hoy Alcalá de Henares, multiplicado por mil. Nos parecemos a lo que soñó más de lo que creemos. Como era en un principio, hoy la Universidad no es sin la ciudad ni la ciudad será sin su Universidad. Sucederá durante la historia que una decaerá cuando la otra se abandone, y también que una vendrá en auxilio de la otra, salvífica, y viceversa. Esto ocurriría tanto en lo colectivo como en lo individual, como ejemplifica el papel del rector Álvaro de Ayala en la salvación de Francisca de Pedraza, víctima de un maltrato ignominioso durante años, a la que sacó del infierno en vida al impartir justicia humana de la jurisdicción universitaria. Ciudad y Universidad son dos reflejos del mismo espejo que mostró aquella portentosa imaginación del cardenal.

Y Cisneros fue un luchador incansable, porque mientras todo esto se ponía en pie, según sus designios, pero con el esfuerzo de muchos de las mejores lumbreras de la época, él fue regente en dos ocasiones, mostró unas dotes de estadista sólo comparables a las de los Reyes Católicos y casi podríamos afirmar que logró sostener el Reino en sus horas más inciertas gracias a sus acciones y al criterio mostrado, cuando el rey Fernando fue rechazado en Castilla, cuando la Reina Juana fue encerrada o cuando trataba de influir en el futuro emperador. Entre los 60 y los 81 años nunca se detuvo, anduvo ocupado, en los ápices de todo, tomando Orán, castigando rebeliones o bautizando infantas. Como se sabe murió de camino, en todos los sentidos, mientras trataba de encontrarse con el recién llegado Carlos I, que tanto le rehuía.

Aceleremos el tiempo e imaginemos con los ojos de Cisneros el curso de la historia, el esplendor de la antigua Universidad que llegó a licenciar al 40% de los funcionarios que viajaban a la Administración de los Virreinos en América. Como toda obra humana, la vieja Complutense sufrió un lento y continuo desgaste de materiales, también de los materiales humanos, por supuesto. Pero eso no lo hacemos los humanos, soñar un proyecto y su ruina antes de construirlo, aunque sepamos que toda obra humana, incluso toda ciudad, está emplazada. En Alcalá lo saben porque se puede contemplar en Complutum, y en los restos islámicos y en todas las capas que fueron cubiertas por el tiempo y el polvo, una sobre otra.

Al llegar el XIX, el mundo había cambiado demasiado y aquel sueño estaba anquilosado, o esclerótico. La vieja retórica no sirve. Cuando llegó el momento de mayor decadencia, con las desamortizaciones liberales, la ciudad hecha de conventos y templos quedó vacía, y expuesta a la especulación. Ni la guerra contra el francés ni el golpe de timón absolutista de Fernando VII pudieron sacarla ya de su periclitación. La Universidad se traslada y sus antiguos colegios se llenan de un letargo de las incertidumbres, el sueño de Cisneros se ha desvencijado, muta en los deseos crematísticos del conde de Quinto que proyecta demoliciones llenarlo de gusanos de seda para poner su fábrica. Esto es conocido. Los edificios originales sufren un deterioro cuyo mero recuerdo da tristeza. Miré los muros de la patria mía, la patria de la cultura y del idioma en este caso, diríamos con Quevedo, que también estudió aquí y contó la vida del estudiante en su Buscón.



La ciudad será, en este pliegue del pasado, la salvadora, una vez más. Y no debió ser fácil enfrentarse a toda la devastadora soledad y la impotencia de aquella ruina, pero como ha dicho el rabino Sacks en una afortunada frase, el optimismo no precisa valor, porque es una confianza en la mejora automática de las cosas. El valiente es quien sostiene la esperanza, la creencia de que el esfuerzo personal y colectivo hará que todo cambie a mejor. Ese valor es raro en nuestro pueblo, frecuentemente inclinado al derrotismo y la envidia. Por eso son estelares también los momentos como el que aquí aconteció en 1850, cuando la ciudad al completo se hizo cargo de las ruinas en modestas participaciones para su renacimiento.

Los ciudadanos que compraron la manzana cisneriana en régimen de condueños, a escote de 100 reales, mostraron un valor enorme en la esperanza de que aquello podría salir bien. Es digno de más elogio por haber surgido en una etapa muy oscura de la ciudad, cuando los bienes de la Universidad eran pasto del expolio y Alcalá había visto reducida su población y su actividad en un porcentaje inasumible que habría sido letal para cualquier otra urbe. Todos los profesores, estudiantes, bibliotecarios, criados, así como quienes vivían de llenar la Universidad de víveres, enseres, telas, quienes los reparaban y mantenía, así como sus familias, desaparecieron en un soplo. La lucidez de la Sociedad de Condueños está en sus fines declarados: que regrese la universidad a esta manzana y que se mantenga unida. ¿Somos conscientes de que pisamos este suelo gracias al valor de aquella asamblea de esperanzas de la primera sociedad civil? Porque también dice don Quijote que «no importa el resultado, sólo el esfuerzo vale».

Siento un enorme orgullo de que esta historia sea parte de mi historia. Cuando pensamos en la difícil relación que los españoles tenemos con nuestro pasado, o incluso la escasa relación, sobre todo últimamente, por fallos en el sistema educativo y por una ignorancia alimentada con sesgos ideológicos, conviene recordar que hay tantos elementos en nuestro pasado común que han hecho mejor el mundo, de los que la historia de Alcalá de Henares da cuenta sin fin, que permítanme afirmar que debería estar penado no mirar con cierta alegría nuestra historia. La primera sociedad civil reanimó el sueño del viejo cardenal. Y esa es una esperanza que aún podemos tener en cuenta: las buenas ideas, a veces, se imponen.

Vamos al último pliegue temporal, que es otro milagro en sí mismo. Cómo la ciudad volvió a llenarse de complicidades universitarias en cuando hubo una oportunidad real. La Alcalá de conventos derrelictos, ruinas en ciernes y despoblamiento halló en las dotaciones militares un recurso de mantenimiento durante décadas de grisura. Hoy vemos normal que el Ejército asista necesidades más allá de la defensa, de mantenimiento o de auxilio, como la UME en estas semanas en Valencia tras la tragedia de las inundaciones. Pero aquí los conventos se convirtieron en cuarteles y así los edificios pudieron salvarse en la larga noche de la dictadura. También algunos acabaron siendo prisiones, que la abundancia de espacios no permitía demasiados remilgos. También deja a las claras esta etapa la inteligencia de Alcalá, que nunca ha vivido de nostalgias.

Con el retorno de la democracia a nuestro país, la ciudad vio una oportunidad de cambio. Y lo ejerció con una rapidez y un éxito pasmosos. La Universidad regresa al mismo tiempo que se celebran las primeras elecciones. En 1977. Y desde entonces, en un círculo virtuoso sin parangón, tanto los responsables del Rectorado como los del Ayuntamiento han sabido aprovechar cuantas oportunidades daban los nuevos instrumentos de gestión como el 1 por ciento cultural, las ayudas europeas y cualesquiera medios materiales disponibles, para ir rehabilitando casi todos los lugares abandonados hace casi dos siglos. ¡No hay una ciudad que haya tenido que atender tantas ruinas para poder vivir! Hoy el resultado es deslumbrante, único. La ciudad limpia, cuidada, rehabilitada en casi todos sus infinitos espacios históricos, para los que se ha encontrado una nueva vida, una que importa, uno a uno.

Por eso no es de extrañar que en 1998 la Unesco premiara tanto esfuerzo continuado, colectivo, de los habitantes de esta ciudad durante tantos siglos. Las facultades, las bibliotecas, los museos, las instituciones, las concejalías han ido ocupando los espacios históricos, lo cual significa que han sabido ir habitando su propia historia. Hasta los obradores de la plaza y el corral de comedias más antiguo de España han sido renovados y sirven el pan del día y los dulces lo mismo que la emocionante y agridulce dramaturgia que nos lleva a soñar y a interrogarnos para avanzar.

Si Alcalá fuese una ciudad indolente, esto no podría haberse logrado tan solo con el concurso de los

presupuestos, las autoridades y las élites. Aquí todo el mundo participa. Es toda la ciudad la que responde. Basta venir asiduamente para comprobar que el patrimonio no solo se contempla, también se vive, cada día, por dentro. La ciudad se vuelca, disfruta y se disfraza en los certámenes. Es la hermosa casa de todos. Nos invita.

No en vano la Unesco señala no solo el escenario del primer campus de la historia sino su contenido intangible: la contribución de Alcalá de Henares al desarrollo intelectual de la humanidad. El Patrimonio Mundial es un lujo que lleva responsabilidades. Estar en la lista es no quedarse a dormir en los laureles. El tiempo ha demostrado que lo mejor para conservar y dar sentido al patrimonio es encontrarle nuevos usos coherentes con lo que representa y cuidarlo acorde a los valores del tiempo que vivimos. Una vez más aquí está el ejemplo.

Desde la solemne ceremonia del premio Cervantes que se celebra cada año en estos nobles muros, hasta los festivales que llenan las calles y campos de la ciudad, como la sucesión de puestos en el cervantino, el romano, los conciertos, los mercadillos, así como toda la actividad cultural del Ayuntamiento, en Alcalá de Henares nunca falta gente para celebrar la historia y darle nuevo aliento. Donde estuvieron las imprentas de tipos móviles nada se ha parado y podemos decir que todos somos, hoy, si me permiten el término coloquial, los tipos móviles que escriben la historia de la ciudad. Y tipas, habría que añadir, de la misma manera coloquial, sin menoscabo y con respeto. No hay muchas ciudades con una vida cultural tan completa ni tan intensa.

Tanta historia, tantas historias son difíciles de resumir en una pequeña alocución, pero si he podido aportar un atisbo del valor que yo percibo en el destino feliz de aquel viejo sueño de Cisneros, al que una ciudad ha sabido ser fiel durante más de cinco siglos, estaré muy satisfecho. Si Francisco I, rey de Francia preso en Pavía (en febrero hará 500 años, porque últimamente hace cinco siglos de todo), quedó impresionado durante su breve estancia en la Universidad y exportó la buena idea, y lo mismo que sucedió en otras ciudades europeas, será por algo.

En estos tiempos, en los que tanto se ha logrado y en los que vemos que la cultura se ha convertido también en un vector económico para las ciudades, Alcalá tiene la oportunidad única de seguir marcando un ejemplo virtuoso de quien hace las cosas bien. Vivimos en un mundo cambiante en el que los riesgos geopolíticos, las tensiones, incluso la guerra, han vuelto a las puertas de Europa. Tal vez ha pasado el tiempo en el que las ciudades reutilizaban los materiales de las viejas ruinas para las nuevas construcciones, pero lugares como este son monumentos a la supervivencia de los valores de nuestra cultura. Poco importa que los mármoles romanos acabaran en las ciudades visigóticas, y más tarde en la Medina islámica. O como hemos visto recientemente, que los sillares de una iglesia incendiada que ya no daban cobijo a los atribulados sirvieran para proteger a quienes buscaban refugio de las bombas en el refugio antiaéreo recuperado hace apenas un año. Hoy está claro que Alcalá no se detiene, he sabido que además de actos formales como este, también se celebrará el aniversario de la declaración de Patrimonio

Mundial con la apertura de nuevos espacios del yacimiento romano, entre otras cosas.

Patrimonio mundial, podríamos decir, hay que traducirlo como un estado mental de inquietud que protege la cultura, lo común, un cultivo del respeto por el pasado y la vida presente en el patrimonio material e inmaterial. Y un compromiso, una determinación de vernos reflejados en lo mejor y en lo peor que hemos vivido, precisamente, para no perder la esperanza frente a las dificultades del presente. No nos faltan inquietudes ni incertidumbres a los que caminamos junto a las mismas piedras que otros caminaban antes que nosotros en tiempos míticos, del siglo de Oro, o tiempos aciagos, de guerras o invasiones, de decadencia y ruina. Podríamos pensar que casi nadie trabaja por lo común en España y sin embargo aquí hay muchísimos ejemplos y por Alcalá merece la pena ser valientes en la esperanza.

El tiempo tiene algo de entelequia. Hablábamos al principio de las singularidades que permiten comprender las curvaturas y los pliegues que podríamos estudiar como rimas en el espacio tiempo. Momentos estelares que no debemos olvidar. Las etapas estelares que conforman lo que esta ciudad supone son semejantes entre sí y reflejan una inteligencia histórica. Ojalá estemos siempre a la altura del rico patrimonio, que es la base de la convivencia, en toda España como lo estáis, lo estamos, en Alcalá.

Compartir estos valores que llevan a cuidar y conocer mejor los vestigios del pasado vale la pena. Ni siquiera son muy distintas las palabras que salen de nuestras bocas

junto a estos muros, por más que las amplifiquemos con micrófonos o las teledirijamos mediante aplicaciones de mensajería que aquellas dichas en latín o entre bromas barrocas y que vibraron levemente. El aire de Alcalá no las ha olvidado. Tal vez estén implícitas en el idioma estridente con el que nos avisan los vencejos. La ciudad es un crisol de almas, y aunque estemos de paso, y la llenemos de momentos insustantivos, triviales y sin valor, mantenemos la esperanza de que entre todos ellos, entre todos nosotros, sepamos detectar algún otro momento estelar, o al menos digno de todo lo que vemos hoy a nuestro alrededor. Alcalá es generosa y es paciente, porque sabemos que nunca acabaremos de cuidarla, de apreciarla y, cada uno a nuestro modo, de leerla.

Porque no debemos olvidar que lo que era don Quijote, por encima de todo, más que un personaje, mucho antes que un caballero andante y un loco enamorado, además de un buen hombre, antes que todo eso, fue un lector.

Muchas gracias.